

Indjai. Era una existencia solitaria. João había sufrido amenazas de muerte y rara vez dormía dos veces seguidas en el mismo sitio. Cuando lo conocí tenía aspecto fatigado y me dijo que estaba a punto de dejar no tan sólo el trabajo, sino también el país. «Mira, no quiero saber nada del futuro del país», me dijo, «pero puedo decirle cómo he planeado que sea mi futuro. Ningún país que haya pasado por esto ha sido capaz de arreglarlo, y si no puedo conseguir lo que quiero, no tengo por qué quedarme». Unos meses más tarde oí que había abandonado y se había ido a vivir a Italia.

Si la transición, por parte de Guinea Bissau, de Estado liderado por militares a *narcoestado* fue una tragedia para su pueblo, el desmoronamiento de uno de los estados más pequeños de África tuvo poca importancia: EE. UU. ni siquiera tenía embajada allí. Pero conforme los narcotraficantes comenzaron a desplazarse por África occidental, la delincuencia e inestabilidad que traían consigo también se extendieron por la región. Entre 2008 y 2013 hubo seis golpes de Estado en África occidental (dos en Guinea Bissau y uno en Guinea Conakry, Mali, Mauritania y Níger); dos intentos de golpe de Estado (Gambia y Guinea Conakry), dos guerras civiles (Costa de Marfil y Mali), una revolución popular (Senegal) y toda una cadena de asesinatos.

La escala del tráfico a través de Mali había quedado clara en 2009 cuando se halló un viejo Boeing 727 calcinado en medio del desierto, cerca de Tarkint, en el nordeste del país. Los investigadores de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC) descubrieron que los contrabandistas habían pilotado el enorme reactor, registrado en Bissau, desde Venezuela, cruzando el Atlántico, hasta Mali. Aterrizaron en una pista de aterrizaje rocosa, descargaron quizá unas 10 toneladas de cocaína y cuando se dieron cuenta de que habían dañado el tren de aterrizaje quemaron el avión. Los aldeanos de cerca de Tarkint declararon que habían visto aviones aterrizando y despegando durante la mayor parte del año. La jefa para África occidental de la UNODC, Antonia María Costa, advirtió de que este contrabando «mayor, más rápido y con mejor tecnología», así como la revelación de que los narcotraficantes podían permitirse incendiar aviones, demostraban que el narcotráfico en África occidental estaba adquiriendo «toda una nueva dimensión».

La alarma se había dado. Pocos escogieron hacerle caso. En 2012, en Bamako, no encontré a un solo diplomático que, más allá de los hechos desnudos de «Air Cocaine», supiera gran cosa acerca del narcotráfico en África. «Nadie sabe qué mierda se pasa por avión, ni se tiene la menor idea de qué entra y qué sale» fue el florido resumen de un estadounidense. Cheikh Dioura, un periodista maliense que había escrito acerca de la cocaína para Reuters, me confesó que había vivido la misma experiencia. Pese a todas las señales de un floreciente comercio de drogas ilegales hacia Europa, la mayoría de diplomáticos estaban muy ocupados gestionando generosos programas de cooperación extranjera.

Eso reflejaba la historia que los donantes extranjeros preferían contar sobre Mali. Antes de que el presidente Amadou Toumani Touré abandonara repentinamente en abril de 2012, los diplomáticos describían a Touré (conocido por sus siglas, ATT) como un oficial del ejército que derrocó a un dictador en 1991 y entregó el poder a un presidente democráticamente escogido para, diez años después, ganar legítimamente unas elecciones. Se trataba de una inusual narrativa de liderazgo democrático en África, y a los occidentales les encantaba. La cooperación extranjera aumentó, bajo Touré, al 50 % del presupuesto anual. Las Fuerzas Especiales de EE. UU. efectuaban prácticas antiterroristas conjuntas con el ejército de Mali. «Se lo considera uno de los países más estables, política y socialmente, de África», rezaba el informe del Banco Mundial de 2007. «Una de las democracias más tolerantes de África», decía USAID en 2012.

Cheikh Dioura, el escritor para Reuters, tenía una opinión distinta de su antiguo presidente. «Amadou Tourani Touré», me dijo, «era el mayor narcotraficante de todos».

Cheikh tenía un amigo en el servicio secreto maliense, un coronel que había sido enviado a Gao y Tombuctú y que cubría la región cuando se descubrió el avión de «Air Cocaine» en el desierto. El coronel aceptó encontrarse conmigo en un restaurante chino cercano a mi hotel. Cheikh, un hombre pequeño vestido con desaliñada indumentaria civil, tan sólo traicionaba su identidad por un prolijo bigote militar. Cheikh me había advertido de que al coronel no le gustaban mucho los periodistas y de que tenía incluso menos tiempo para

extranjeros ignorantes. Sugirió que, a fin de que se abriese, yo cediera ante la predisposición del coronel.

Comencé diciendo que las historias que había oído acerca de la escala del tráfico transahariano de cocaína me parecían demasiado exageradas para ser verdad. El coronel resopló: «¡Hay convoyes todos los viernes!», me dijo. Describió procesiones a través del Sáhara de 15 a 22 coches, que seguían las rutas de caravanas de los tuareg a través del desierto. En cada vehículo había un conductor y un guerrero. En cualquier momento dado había hasta tres convoyes en marcha. «¡Todo el mundo lo sabe!», exclamó el coronel.

La descripción del coronel encajaba con la de un conductor de convoyes de treinta y dos años que Cheikh me había llevado a conocer en un polvoriento callejón de Bamako. El conductor había dicho que se tardaba de tres a cuatro días en cruzar el Sáhara. Los viajes se hacían en un convoy, dijo, guiados por un tuareg que conocía las viejas rutas desde Mali y Níger hasta Argelia, Libia, Egipto, Oriente Medio y Europa. Como el coronel, el conductor nos aseguró que la mitad de los coches llevaban la carga y la otra mitad, la protección. Suponiendo una carga ligera, de media tonelada por coche, y una planificación mínima de un convoy al mes, aun así eso hacía un total de 48 toneladas de cocaína al año, por un valor aproximado de 1.800 millones de dólares en Europa.

Como en Guinea Bissau, el tráfico de cocaína del norte de Mali era más o menos abierto. El conductor dijo que el hombre que lo gestionaba desde la ciudad más oriental de Mali, Gao, era un árabe llamado Oumar. Oumar se había rodeado de unos cien jóvenes con coches 44 trucados a los que les gustaba fumar hachís y dar vueltas a toda velocidad por Gao en sus coches. «Los conductores desaparecen durante una semana», dijo. «Cuando vuelven lanzan grandes fiestas en el desierto con chicas, música, asando ovejas en grandes fogatas, gastando el dinero como si fuera agua. Luego se vuelven a ir.» En un intento de llamar menos la atención, Oumar construyó 25 casas con altas tapias en los suburbios de Gao para alojar a sus conductores. Le salió el tiro por la culata. La gente de Gao llamó inmediatamente al lugar *Cocainebougou*, «Ciudad Cocaína».

Especialmente preocupante para los donantes de ayuda extranjera a Mali era el hecho de que, según Cheikh, el coronel y el conductor, los contrabandistas habían comprado a funcionarios del Gobierno y soldados de

Mali. «Esto está muy bien organizado», me dijo Cheikh. «Los alcaldes están implicados. La policía está implicada. Los políticos de Bamako están implicados. Hay vínculos con cargos de seguridad y con funcionarios en Argelia, Níger, Marruecos y Libia.» Cuando el coronel dijo algo similar, fingí sorpresa. ¿Estaba sugiriendo corrupción dentro del Estado de Mali? «¡Por supuesto!», bramó el coronel. «¡Hay una enorme complicidad! Había veces en que nos advertían que no saliésemos a patrullar. Nuestros superiores nos decían que no fuéramos. Envié informes hacia arriba, a los mandos, preguntando: “¿Qué está pasando? ¿Por qué nos impiden hacer nuestro trabajo?”. Nunca obtuve respuesta.»

El conductor aseguraba que la corrupción llegaba a lo más alto. «Oumar llamaba directamente al presidente Touré si había problemas», dijo. El coronel lo corroboraba. «Estaba sucio todo el mundo hasta llegar a Touré», dijo. El coronel añadió, sin embargo, que consideraba al expresidente de Mali algo así como un barón accidental de la droga. Los tuareg de Mali, la mayoría de los cuales eran extremadamente pobres, habían escenificado rebeliones intermitentes en el norte a lo largo de los cincuenta años de historia de Mali. Touré había intentado comprarlos. Había reclutado comandantes tuareg para el ejército con buenos salarios y muchas ventajas. Tras un motín de los tuareg en 2006, les dio aún más, permitiéndoles gobernar sus tierras como un corrupto Estado semiautónomo. Los líderes de los clanes desviaban dinero de la cooperación destinado a escuelas, carreteras y proyectos de irrigación. También sacaban un mordisco del negocio de la cocaína.

Una vez el Estado de Mali condonó la delincuencia, no tardó mucho en tomar parte en ella. Cientos de millones de dólares acababan en manos de funcionarios del Gobierno y soldados. Como jefe de Estado, Touré se vio en tratos con narcotraficantes (como lo hacían, por extensión, los donantes extranjeros que lo financiaban). Era a eso a lo que Touré se refería cuando, en un descuido, llamó *mon bandit* a Baba Ould Cheikh, alcalde de Tarkint posteriormente condenado por contrabando de cocaína. «Mucha gente vio a Baba Ould Cheikh hablar con ATT por su Thuraya»,<sup>[20]</sup> dijo un segundo conductor al que conocí. «Lo llamaba *Le Grand Patron*. Si tenía problemas con la policía o los servicios de seguridad, llamaba a ATT y le decía: “Tu gente nos está molestando. Tienes que hablar con tus hombres y decirles que no se entrometan”. Baba era Pablo Escobar.» En 2012 la ONU calculó que los narcotraficantes de África occidental o ganaban o ayudaban a lavar cerca de

500 millones de dólares. Gran parte del dinero se gastaba en barrios de mansiones de lujo como Cocainebougou, que se materializaban a lo largo de la costa del contrabando, desde Marruecos a Mali, así como las construcciones que de repente comenzaron a aparecer por la capital regional del oeste de África, Dakar, en Senegal.

Con corrupción en sus más altas instancias, el Gobierno de Mali se convirtió en un negocio. Los jueces vendían veredictos. Los congresistas subastaban leyes. La podredumbre destruyó la cadena de mando y el sistema de control del ejército. El coronel contaba que incluso si los soldados conseguían identificar cuál era su deber, ya no tenían medios para realizarlo. «El ejército de Mali tiene esos viejos AK[21] chinos de los 1960», se quejó. «Ni siquiera disparan. No hay comida. El ejército de Mali no tiene siquiera un mapa del norte de Mali. La guerra es conocimiento y exige dinero, y no saben nada ni tienen nada.»

África occidental estaba podrida por las drogas y la corrupción, era tremendamente inestable, sus gobiernos eran completamente impopulares y a muchos de sus Hombres Importantes los apoyaba la gran cooperación occidental. Mali, en especial, era la prueba evidente de que los humanitarios extranjeros de África y sus líderes nacionalistas eran falsos profetas. La democracia apoyada por extranjeros como un ejemplo para los demás era en realidad un narcoestado, y su presidente, incluso si lo era por defecto, un señor del crimen. Era un territorio perfecto para la renovada revolución islámica de Bin Laden. Al Qaeda tenía incluso una rama en el norte de Mali, Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI).

Éste era el contexto para el desastre que iba a arrasarse Mali como una bola de nieve. Eso, y la caída del coronel Muamar el Gadafi en Libia. En la primera década del nuevo milenio, AQMI había obtenido entre 40 y 65 millones de dólares secuestrando y atracando turistas en el Sáhara. Conforme el número de turistas, como era de esperar, disminuyó, el grupo recurrió al contrabando de cocaína, y ganó millones más escoltando los convoyes de 44 a través del Sáhara. Cuando una turba linchó a Gadafi en octubre de 2011, miles de los hombres de Gadafi, muchos de ellos tuaregs de Mali y Níger, huyeron hacia el sur y se internaron en el Sáhara. Con ellos se llevaron sus

armas, entre ellas vehículos blindados, artillería, misiles tierra-aire, lanzagranadas y miles de Kalashnikovs. En Mali y Níger encontraron ansiosos compradores en los hombres de AQMI.

A principios de 2012 un grupo de oficiales de baja graduación del ejército de Mali se amotinó para protestar contra la corrupción en los altos escalafones. Para su sorpresa, Touré abandonó abruptamente el poder y se fue a Senegal, cansado, o eso dijeron los diplomáticos, de las constantes disputas dentro de su régimen. Al principio los soldados negaron estar dando un golpe de Estado; más tarde declararon que lo estaban haciendo, al fin y al cabo. En medio de la confusión, la alianza entre tuaregs rebeldes del norte y el AQMI empleó su recién adquirida potencia de fuego para sorprender y derrotar al ejército maliense, tomando todo el norte de Mali en tan sólo tres días, incluidas las ciudades de Tombuctú, Gao y Kidal. Pocos meses después, los islamistas traicionaron a los tuaregs y los echaron del país. De repente, en medio del Sáhara, a menos de hora y media en avión del sur de Europa, había un Estado de facto de Al Qaeda del tamaño de Francia.

El coronel predijo que los islamistas avanzarían hacia el sur, hacia Bamako, en cuestión de meses. El 7 de enero de 2013 convoyes de AQMI salieron de Tombuctú, y, sin hallar resistencia, parecían dirigirse a la capital. Francia había pasado un año intentando liderar la creación de una fuerza de intervención en África occidental para hacer retroceder a los islamistas. Con la inminente toma de Mali por Al Qaeda, París actuó. A los pocos días, aviones franceses bombardeaban a los islamistas.

A mi regreso a Bamako, hallé que diplomáticos y cooperantes tenían tan poca idea de lo que pasaba como antes. «No creo que nadie esperara una ofensiva islamista», dijo alguien. Sin embargo, ahora que el avance había sucedido la ciudad estaba inundada de cooperantes que llegaban para solucionar una supuesta emergencia de refugiados. En realidad, no había ninguna. Un equipo de International Medical Corps me dijo que estaban descansando tras dos semanas conduciendo por todo Mali. Habían hallado muchísimos desplazados, pero como muchos norteños se habían quedado en casas de familiares en el sur, ni uno que precisara ayuda. Su evaluación no detuvo a un equipo de funcionarios de prensa de Oxfam desplazado a Bamako, que dio

una conferencia de prensa y declaró que 800.000 malienses necesitaban «ayuda alimentaria urgente» y pidió que el mundo enviase a Oxfam tanto dinero como fuera posible.

Toda esta intencionada mala comprensión de la realidad de Mali dejaba sin responder preguntas cruciales. Para empezar, ¿qué querían los islamistas? Hallé algunas respuestas en el primer refugiado que conocí. Rama Koné tenía treinta y dos años y se alojaba en casa de un familiar en Bamako. Había vendido cigarrillos por las calles de Konna, una pequeña ciudad de 5.000 habitantes a unas doce horas al norte de Bamako. La mañana del 10 de enero Rama caminaba por la calle principal cuando un convoy de cien coches 44 y camionetas armados con ametralladoras pesadas y las banderas negras de Al Qaeda entró en la ciudad. Rama vio malienses y árabes. En convoy fue hasta la comisaría de policía de Konna y abrió fuego. El tiroteo duró cuatro horas. «A las dos de la tarde los militares huyeron y los islamistas fueron por toda la ciudad gritando “Alá Akbar”», contaba Rama.

Luego los islamistas se congregaron en torno a un hombre que Rama reconoció al instante como Amadou Kouffa. «Vengo aquí con un mensaje para la gente de Konna», gritó Kouffa, conforme la gente se apiñaba con cautela junto a los cuerpos de los cincuenta soldados malienses que yacían en la calle. «Esta ciudad no tiene comandante. Esta ciudad no tiene alcalde. Hoy el Gobierno no está aquí. A partir de ahora, todos vuestros problemas quedan a cargo del imán de Konna.» Haciendo un gesto hacia el sur, hacia la ciudad y guarnición de Sévaré, a 60 kilómetros, añadió: «E, *inshalá*, este viernes rezaré en la mezquita de Sévaré».

Pregunté a Rama cómo es que conocía a Kouffa.

«Todo el mundo lo conocía», respondió. «Había sido un famoso cantante.»

La idea de que la última *yihad* africana la hubiera comenzado un antiguo morabito resultaba intrigante. Los morabitos de Mali vagaban de ciudad en ciudad recitando versos islámicos y tocando música popular, exactamente el tipo de desviación casera con respecto al Corán que un yihadista doctrinario consideraría herética. ¿Qué había llevado a un artista hacia la austeridad del

fundamentalismo?

Conduje hacia el norte desde Bamako, hacia Mali central. Kouffa procedía de una aldea cercana a Konna que también se llamaba Kouffa. En la capital regional, Sévaré, encontré el rastro de uno de sus vecinos, un ganadero de treinta y cinco años llamado Niama Tutu. Niama dijo que Kouffa había tocado la *n'goni*, la guitarra maliense hecha de cuerdas tensadas sobre una calabaza cubierta por piel de cabra, y cantaba historias sobre el Profeta. Kouffa era un buen narrador, muy respetado. También regentaba una pequeña escuela. Aunque era ascético y religioso, era también moderado. «Su música era buena y lo que decía era bueno», dijo Niama. «A todo el mundo le gustaba.»

Pero conforme entraba en la cincuentena, Kouffa comenzó a cambiar. Sus canciones adquirieron tintes políticos, lamentaban la corrupción y brutalidad del Estado y, especialmente, el tráfico de cocaína. Un día de 2007 hubo en Sévaré una conferencia de Dauat-e-Islami, un movimiento islámico conservador con base en Karachi, Pakistán. Kouffa acudió y se entrevistó con los organizadores para pedirles ayuda en su campaña contra el Gobierno. Por aquella época la popularidad de Kouffa había crecido hasta el punto de tener un cargo en la mezquita. Los miembros del Dauat, impresionados por el séquito de Kouffa, accedieron, con la condición de que dejara de tocar la *n'goni* y se dedicara a predicar la versión del Dauat, mucho más estricta, del islam. Cerraron el trato.

Con el tiempo, Kouffa efectuó viajes a seminarios del Dauat en Egipto y Túnez. Mientras estaba en Mali, a menudo le acompañaba en sus viajes un imán árabe o nigeriano. Pero Kouffa se esforzaba en demostrar que su nuevo estatus no se le había subido a la cabeza. Regaló el coche que Dauat le había entregado, y luego dos más, y prefería seguir viajando a pie de aldea en aldea. Su humildad contrastaba mucho con el enriquecimiento personal de los miembros del Estado, que seguían siendo el objetivo principal de sus sermones. Sus seguidores pronto se contaron por decenas de miles. Otro amigo, Oumar Fofó, de cincuenta y cinco años, dijo que Kouffa se había convertido en una especie de Flautista de Hamelin. En sus caminatas solía congregarse unos cincuenta o sesenta niños a los que llamaba *Talibé*, es decir, talibanes, o «estudiantes».

Kouffa comenzó a predicar la revolución islámica como única solución a la delincuencia del Estado maliense. Tan sólo el islam podía hacer retroceder

el reloj a una época anterior a la modernización occidental que abrió las compuertas de la degeneración y la avaricia. «Kouffa solía decir que antiguamente, antes de dejarse llevar por esas cosas modernas, hombres y mujeres se respetaban a sí mismos», dijo Oumar. «Hablaban de la corrupción y del poder que los soldados habían arrebatado al pueblo. Decía: “Os digo que todo esto acabará un día. O dejáis estas cosas por voluntad propia o se os obligará a hacerlo”.»

Cuando el AQMI y sus aliados tuaregs arrasaron el norte de Mali, Kouffa decidió, evidentemente, que el día de la salvación que durante tanto había predicho había llegado. Se trasladó a Tombuctú y se unió a la policía islámica del AQMI.

Para Occidente, el intrincado y sorprendente juego de causa y efecto de este desastre resultó una condena. El mismo Gobierno maliense al que Occidente diera cientos de millones de dólares y al que EE. UU. entrenaba en contraterrorismo había sido socio comercial de un grupo de Al Qaeda que secuestraba y pedía rescate por occidentales, y que entraba miles de millones de dólares en cocaína en Europa. Los islamistas habían empleado sus ganancias para comprar las armas de Gadafi y crear un nuevo Estado terrorista. «¿Sabe? No se trata de un asunto menor», me había dicho un diplomático occidental en Guinea Bissau. «Se trata de la financiación de terrorismo en la frontera meridional de Europa, de dinero procedente del narcotráfico de Guinea Bissau y Mali empleado para poner una bomba en Londres».

Pero la revolución de AQMI no era la gran liberación que había predicho Kouffa. Su policía islámica se pasaba el día cerrando bares y *night clubs* para turistas en Tombuctú, prohibiendo a las mujeres que salieran de sus casas y a los niños jugar, lapidando adúlteros y destrozando centenarias tumbas sufíes de Tombuctú, muchas de las cuales se remontaban a la época de Mansa Musa. Era precisamente el tipo de actitud alienante y autoritaria contra la que Bin Laden había advertido a sus seguidores. Meses más tarde, en Tombuctú, Associated Press halló una carta en seis partes de Abdel Malek Droukdel, el líder de AQMI, en la que regañaba a sus hombres por su exceso de celo. «Una de las políticas equivocadas que habéis llevado a cabo es la extremada rapidez

con que habéis aplicado la *sharia*, [lo que] provocará que la gente rechace la religión, engendrará odio hacia los muyahidines y acabará causando el fracaso de nuestro experimento», escribía Droukdel. «Vuestros oficiales han de aprender a controlarse. Como nuestro Sheikh, Osama Bin Laden, en paz descansa, dice en una carta anterior, “los estados no se crean de la noche a la mañana”.» Los hermanos debían adoptar una «retórica más madura y moderada que inspire confianza y calma», y centrarse en los problemas locales. «Simulad ser un movimiento “del lugar”», escribía Droukdel.

Por si su autoritarismo no era suficiente, los islamistas eran tan delincuentes como el Estado maliense. Poco antes de haberme encontrado con el coronel en Bamako, había hablado con un líder islamista que había negado toda implicación en el narcotráfico. «Como musulmanes, somos los primeros en luchar contra la cocaína», dijo. Pero sus palabras se contradecían con varios informes acerca de combatientes islamistas consumiendo libremente cocaína. Cuando señalé al coronel que parecía poco probable que los píos islamistas estuvieran involucrados, respondió, atronador: «¿Me ha estado escuchando? ¡Se hace todo con los vehículos de los islamistas! ¡Los islamistas y los narcotraficantes son la misma cosa!». El coronel me contó que el líder islamista con el que yo había estado hablando había sido un pequeño mercader de Tombuctú antes de dedicarse a la cocaína. Se hizo islamista como movimiento comercial, a fin de poder continuar con su negocio tras la toma del poder por parte de los islamistas. Era una buena tapadera, dijo el coronel. «Cuando los narcotraficantes llegan a la ciudad», dijo, «vienen como musulmanes, con turbantes, como predicadores, y sacrifican ovejas y dicen que el dinero es de Arabia Saudí. Invitan a la gente a comer y rezar con ellos y todo el mundo está contento. Así es como consiguen que la gente los apoye. Pero ¡es dinero de la droga! ¡Son traficantes!»

Al final, no había sido el deseo de una revolución purificadora el que había espoleado a los islamistas de Mali. Era el dinero que ganaban traficando con cocaína y secuestrando turistas. La implicación de los islamistas en la delincuencia era una total hipocresía. Al arrogarse la rectitud moral de la ayuda y mezclarla con el criminal despotismo de los tiranos africanos, posiblemente se hicieron candidatos al fracaso. A modo de prueba, sin apoyo público, su rebelión se desmoronó a los pocos días del ataque francés.

Tras los bombardeos franceses el paradero de Kouffa fue incierto. Algunos informes decían que había huido al extranjero. La radio nacional maliense anunció su muerte. Otro diario aseguraba que había sido herido y capturado, lo que seguramente también significaba muerto: mientras recuperaban territorio, los soldados malienses ejecutaban rutinariamente a todo islamista que capturaran. Se pasaban vídeos de móvil en móvil que mostraban a soldados dejando a un grupo de islamistas en el desierto para que murieran cocidos, con las manos y tobillos atados a sus espaldas.

La depredadora brutalidad del Estado, que había encendido la ira de Kouffa e inspirado a miles a seguirle, había vuelto con toda su fuerza. Pronto también los convoyes de cocaína regresaron. Y lo mismo hizo la cooperación extranjera, que creció a nuevos récords en 2013 cuando los donantes extranjeros otorgaron 4.000 millones de dólares a un nuevo Gobierno presidido por un político profesional de setenta y ocho años. En Sévaré me había hecho amigo de un agente de viajes que antaño había tomado el té con Kouffa. Me encontraba con él el día en que la radio anunció la nueva composición del Gobierno, plagada de las mismas caras de siempre. «Puede que Kouffa propusiera la solución errónea», me dijo el agente. «Pero identificó los problemas reales.»

Un día, en Sévaré, mi amigo de Reuters, Cheikh Dioura, me presentó a un delgado hombre de unos treinta años con una pequeña barba y una cicatriz sobre su ojo izquierdo y que se hacía llamar por el nombre falso de Hayballa Ag Agali. Hayballa había sido conductor de convoyes de cocaína, para unirse brevemente a los islamistas. Ahora volvía a llevar cocaína a través del desierto. Hayballa dijo que la guerra tan sólo había interrumpido muy brevemente el tráfico, y que ahora había dos grupos principales de tráfico de cocaína en el norte de Mali: uno dominado por tuaregs y otro dominado por árabes. El cártel árabe estaba dirigido, nuevamente, por Oumar y Baba Ould Cheikh, el cual, pese a haber sido detenido y encarcelado por narcotráfico, dirigía su negocio desde la «cárcel», una mansión en un barrio protegido del centro de Bamako.

Hayballa trabajaba para el grupo tuareg. Decía que, si no otra cosa, al menos el tráfico de cocaína se había vuelto más ordenado desde la llegada de los franceses. Describió una ruta de contrabando de más de 1.000 kilómetros

de longitud que discurría entre tres estaciones repetidoras a lo ancho del norte de Mali, que comenzaba cerca de la frontera con Níger, en el extremo este, y acababa en la frontera argelina, en el extremo norte. En cada estación había una base logística bien equipada que incluía generadores, comida refrigerada, tanques subterráneos de agua y combustible, redes de camuflaje e incluso excavadoras para enterrar los vehículos en la arena y evitar la vigilancia aérea, así como talleres para pintar los coches de color arena. «En estos sitios hay de todo», dijo Hayballa. «Si vas a hacer un trabajo, te dan un coche y un paquete, y lo llevas de un lugar a otro. Te dan un Thuraya y un GPS para seguirte. Vas en un convoy con, quizá, otros cincuenta coches. Los coches son todos nuevos, todoterrenos de Dubai, sobre todo Toyota Land Cruisers. Cada coche admite más o menos media tonelada. Llegas y un tipo se encuentra contigo. Tú no lo conoces, pero él sí te conoce gracias al Thuraya. Te pagan entre 8.000 y 14.000 dólares. A veces incluso te dan el coche.»

De camino hacia el norte, hacia Sévaré, había pasado junto a un convoy militar francés de dos kilómetros de largo que se dirigía al sur. Tras casi dos años, a finales de 2014 los franceses se retiraban. Pero muchos malienses se preguntaban qué había conseguido, exactamente, la intervención francesa.

Si a los franceses les quedaba alguna duda en cuanto a la conexión entre narcotráfico y los rebeldes tuaregs e islamistas, los campamentos de contrabandistas las disiparon. Uno estaba dirigido por un comandante tuareg; el otro, por un teniente de AQMI que había secuestrado y asesinado a dos periodistas franceses en noviembre de 2013, y el tercero, por un grupo de generales y coroneles desertores de Argelia que proporcionaban al AQMI un refugio seguro en la zona sur de su país. Hayballa dijo que cientos de soldados de infantería islamistas como él mismo habían encontrado trabajo en las bases de la cocaína. Pero los soldados franceses nunca, ni una sola vez, molestaron a los narcotraficantes. «Dicen que no es parte de su misión», dijo Hayballa.

Para que los franceses no vieran la conexión entre la cocaína y la inestabilidad política o la militancia en el islam se necesitaba un par de anteojeras especialmente opaco. Las fluidas identidades del norte de Mali implicaban que un mismo individuo podía ser simultáneamente islamista, nacionalista tuareg, contrabandista de cocaína y oficial de Mali. Incluso las conversaciones de paz tenían múltiples significados. «Cuando oigas hablar de un trato entre el MNLA y algún otro grupo, no se trata de algo político, se

trata de dos cárteles cerrando un negocio», dijo Hayballa. «Sólo lo visten de trato político.»

Los franceses ignoraban estas sutilezas y engaños. Trataban a los islamistas y a los tuaregs como grupos monolíticos y exclusivamente políticos. Su plan era sustituir a los primeros por los segundos. En efecto, su intervención dio más poder a los cárteles tuaregs, por encima de los islamistas, aunque lo único que tenían que hacer los islamistas era enarbolar una bandera tuareg y los franceses les permitían pasar. Al permitir que el negocio de la cocaína siguiera prosperando, los franceses estaban dejando que miles de millones en drogas ilegales continuaran su ruta hacia Europa. También dejaban intacto el principal motor de financiación de todos los grupos armados del norte de Mali, incluidos los islamistas contra los que habían venido a combatir. Eso había permitido que los traficantes se hicieran fuertes. Para distanciarse del Estado maliense incluso excavaban pozos de irrigación, construían escuelas y abrían clínicas. A mi regreso a Bamako, se lo comenté al coronel. «Actúan como si fueran humanitarios», me dijo. «Igual que Pablo Escobar. Si estás ahí fuera, en el desierto, esto, el gran jefe, el cártel, es tu Estado.»

Peor aún, al dejar intactos a los narcotraficantes, los franceses alimentaban la frustración popular por la delincuencia y la corrupción que, en primer lugar, había facilitado la revolución islamista. El coronel me pidió que me imaginara la reacción de un jefe del norte que visitara Bamako, al ver cómo dinero de cooperación destinado al norte se esfumaba en complejos de mansiones y coches de 100.000 dólares. «El jefe piensa: “Este sistema no puede ayudar a mi gente. Voy a luchar contra este sistema”. Así que se compra unas cuantas vacas para mostrarlas a los extranjeros como prueba del programa de ayudas y emplea el resto del dinero en comprar armas y prepararse para una revolución. Porque un día va a detener este podrido sistema y el Estado que hay detrás.»

Los problemas parecían inminentes. Conforme los franceses se retiraban, grandes convoyes sin identificar, de cientos de todoterrenos, habían sido localizados moviéndose a su estela. Gao estaba en estado de pánico; los mercados, desiertos; las familias, encerradas en sus casas. Las fuerzas de pacificación de la ONU habían sido atacadas por insurgentes sin identificar: habían matado a ocho soldados. También aparecían muertas personas sospechosas de ser confidentes del Gobierno. «El AQMI secuestró a cinco

tipos de Tombuctú y ayer hallamos a uno colgado de un árbol en el desierto, a las afueras de la ciudad», me contó el coronel. «Lo habían decapitado.» Creía que otra rebelión islámica en Mali era inevitable. «Más tarde o más temprano volverá a ocurrir exactamente lo mismo», dijo.

Un día estaba comiendo con un amigo en Bissau cuando sonó su teléfono y respondió diciendo: «¡Ah! ¡Mi amigo talibán!». Le pedí que nos presentara y, sin más, el Sheikh Mohamed Aziz llamó a la puerta de mi habitación de hotel con el sorprendente aspecto de un Osama Bin Laden africano. Era tan alto como el antiguo líder de Al Qaeda, quizá un metro y noventa y tres centímetros, y llevaba un turbante blanco, una larga barba gris, una chaqueta de piel marrón y túnica blanca, así como un rosario en su mano.

Guinea Bissau tenía un 50 % de su población musulmana, pero dentro de esa afiliación general había muchos matices. En 1985, el Sheikh había abrazado la misma rama doctrinaria saudí del islam wahabí que seguían Bin Laden y otros literalistas suníes. Había fundado la Asociación Juvenil para la Integración Social, que hacía proselitismo entre los jóvenes y construía mezquitas, escuelas coránicas y hospitales con financiación de Arabia Saudí y Kuwait.

El Sheikh era un hombre alegre y ruidoso, pronto para reír y muy dado a abrir mucho los ojos en ciertas expresiones. Decía que su asociación estaba experimentando un crecimiento increíble. Estaba construyendo una nueva mezquita y atrayendo a miles de nuevos seguidores cada mes. El movimiento era popular, decía, porque intentaba llenar los espacios dejados por un gobierno «corrupto, egoísta, ladrón y mentiroso» de narcotraficantes. «El Estado no soluciona las frustraciones de las gente», dijo el Sheikh, «así que muchos dicen: “probemos con una alternativa”. Y la mayoría de ellos prueban con el islam». En definitiva, lo que el movimiento del Sheikh prometía a sus partidarios era libertad. «Las únicas órdenes que recibo vienen del cielo, y el único en quien confío es Dios. Un hombre no puede ser libre si no come, si está enfermo o no tiene casa. Lo que yo siento es una independencia completa, una libertad total... Y lo comparto con la gente.»

El Sheikh dijo que era parte de su trabajo controlar a los jóvenes de su grupo. Pero era ingenuo acerca de la dirección que estaba tomando.